

Un mundo de mentira



El estado
de la
verdad
en tiempos
de la
revolución
tecnológica
Xurxo Torres

Un mundo de mentira

El estado de la verdad en tiempos
de la revolución tecnológica

XURXO TORRES

G2000

© Xurxo Torres, 2023

© Textos cedidos por Yaiza Ejapa, Lidia Fraile, Paula Carrera, Paula Mallén, Joaquín Mirkin, Nieves Barousse, Laura Vázquez, Marta Valcarce, Ángel Luis Rubio, Bárbara Navarro, David Álvarez, Cristóbal Fernández y Georgina Leibovich.

© Centro de Libros PAFP, SLU., 2023

Gestión 2000 es un sello editorial de Centro de Libros PAFP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2023

Depósito legal: B. 12.276-2023

ISBN: 978-84-9875-564-0

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Sumario

Introducción	11
--------------------	----

PRIMERA PARTE

Nuevas formas de poder

1. Cómo se nos ha contado la historia	19
1.1. Una historia lineal	19
1.2. Perspectiva blanca y occidental	23
2. Comunicación como clave de poder	27
2.1. Sobre el control social	27
2.2. Tecnología de barro	33
3. El mundo se nos cayó encima	43
3.1. La crisis como modo de vida	43
3.2. Un mundo sin filtro	52
3.3. País de viejos	57
3.4. La guerra que no cesa	64
3.5. Lejos para ver cerca	69
3.6. Cambio y cierre	83

SEGUNDA PARTE

El fenómeno *fake*

4. Un mundo mentiroso	93
4.1. Proyecto Culebras	93
4.2. El experimento	124

TERCERA PARTE

El esperpento

5. Un mundo deformado	143
5.1. Proyecto Realidad Deformada	143

CUARTA PARTE

Guerra y mentiras

6. Un mundo en guerra	183
6.1. Al norte por la verdad	185
6.2. La opinión de Europa	197
6.3. La mirada crítica	201
6.4. Bitácora de frontera	218
6.5. Compromiso y rabia	232
Epílogo. Mañana también será pasado	233

Cómo se nos ha contado la historia

1.1. Una historia lineal

Siempre me ha fascinado el ordenado relato de la historia que se nos ha enseñado. En la mejor tradición de los ríos de España, en nuestra infancia cantábamos culturas e imperios como quien repite por valor acústico el devenir de la historia. Primero entraban en juego las civilizaciones de los dos ríos: Tigris y Éufrates. Por ahí se colaba Mesopotamia, que después se llamaría Persia. Dabas un salto de unos cientos de años —o no— y le sucedía Egipto. Después venía la cultura micénica como aperitivo de Grecia que era una Roma, pero con exceso de filósofos y ausencia relevante de obra civil y lo más importante, sin imperio.

Roma. Qué importante sigue siendo la base latina en nuestra historia. Apenas una nota más prolongada en esa escala musical de dictado infantil. El último destello de luz en la oscuridad con la que se describía la larga Edad Media que con el paso del tiempo descubrías que no era un período homogéneo. Que la Baja, ni tan mal. Otra cosa era la Alta. Casi como la separación existente entre el Antiguo Testamento y el Nuevo.

Invariablemente decías adiós a esos siglos que suenan como a una pausa larga de intermedios y recuperabas el esplendor romano con el Renacimiento, que visto en perspectiva suena como a

una reforma con pretensiones porque al fin y al cabo se puso a pintar y a esculpir sobre los resistentes restos de aquella cultura en la tierra de aquella cultura y con los cánones de aquella cultura.

Después un poquito de aceleración: Barroco, como movimiento artístico y exponente de la decadencia de un régimen cargado de oropeles y huérfano de destino. La era de las revoluciones, primero la industrial y después la política. Los regímenes burgueses, la aparición del proletariado, la revolución bolchevique, la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial (otra vez, la sensación de pausa para la publicidad con el período de entreguerras y nuestra Guerra Civil), la Guerra Fría, el colapso de la Unión Soviética, el fin de la historia según Fukuyama, el 11-S, la guerra contra el terror, el Estado Islámico, la pandemia de la COVID-19, la retirada de Afganistán, la invasión rusa de Ucrania (iniciada en 2014 y prolongada en 2022).

Así, a grandes rasgos, pero insisto: con enunciado cantarín, se nos enseñaba la historia y se nos inoculó el relato de una falsa cronología que aún nos despierta hoy con la sensación de estar falsamente informados.

Rebobinemos. Egipto, como imperio, se prolonga desde el 2700 a. C. durante más de 3.000 años. O sea, convive con el mesopotámico (cuyo inicio se registra mil años antes), convive con la cultura micénica (apenas un apunte en su contabilidad), transita las guerras entre griegos y persas, se prolonga artificialmente con los restos del naufragio de Alejandro Magno y pervive hasta el inicio de la Roma imperial.

Desde esta perspectiva, la historia de la cronología se dilata, hace meandros, adquiere profundidad. Y no sólo en el tiempo. También en el espacio. Porque en este relato de sucesión de capas históricas, el foco está sospechosamente virado hacia la parte del mundo de la que formamos parte y que casualmente conforma la base de una perspectiva occidental. Una apertura sencilla de foco hacia oriente, por ejemplo, nos señala que la cultura china rivaliza en antigüedad, sino la gana, con Mesopotamia. China no estaba en nuestros coros y todavía hoy, recuperando peso hegemónico mundial, es un elemento difuso de nuestra vida contemporánea.

El ejemplo de China es decisivo en esta revisión del relato. Difícil hablar de la mentira y de nuestra conciencia sin asumir los agujeros negros que definen nuestra formación, nuestra forma de entender el mundo.

Hablar de China es introducir la otra historia. O, mejor dicho: la historia. En Asia: es el relato milenario de países como India o Japón. En América: el Imperio azteca en México (1350-1521), el inca en Perú (1438-1572), o el maya (2000 a. C.- 1697). En África: es hablar, entre otros muchos, de nombres exóticos por desconocidos como el Imperio de Kanem Bornu (siglo VIII hasta 1840), Abisinia (1137-1974), reino de Ouattara (1395-1885). En Oceanía: Imperio Tuí Tonga (950-1470), Micronesia (con asentamientos localizados desde el 4000 a. C.).

El mundo es grande. La complejidad humana lo es más. Y lo primero que se pierde con el relato dominante es la perspectiva que antecede a la humildad. La historia de nuestros ancestros no se puede restringir a unas latitudes y longitudes concretas. La elección de ese perímetro es una primera mentira capital.

La historiografía es el conjunto de técnicas y teorías relacionadas con el estudio, el análisis y la manera de interpretar la historia. El relato. ¿Y quién es el autor intelectual de nuestro relato histórico cantado? En el caso de España nuestras fuentes son mayoritariamente alemanas con una visión científico-idealista que gira en torno al eurocentrismo (con guiños a Mesopotamia y Egipto por cercanía geográfica y exposición arqueológica).

Es importante recordar que la cultura occidental se define por el universo de valores, costumbres, prácticas, tradiciones, creencias religiosas, sistema económico y organización político-social representativos de Europa Occidental, bien sea porque tuvieron origen aquí, o porque aquí las asumimos como propias.

Por extensión, se considera parte de la cultura occidental a una selección de países donde la Europa anglosajona estableció su hegemonía y estableció su lengua.

La cultura occidental se resume en las siguientes claves: una referencia base en la Grecia clásica y en el pensamiento racional, la herencia civil militar y administrativa del Imperio romano (por ejemplo, el derecho romano), el peso específico de la religión

cristiana (con más peso de la protestante que de la católica), un conjunto de valores protohistóricos aportados por celtas, germanos y eslavos, el desarrollo del estado nacional y el capitalismo.

A estas claves, los críticos con la perspectiva de la historia occidental nos señalan como pretendientes impostados de la universalidad en nombre del acervo cultural. Esto es, para nosotros el mundo debe ser un reflejo de logros como el concepto de la democracia, la educación (desarrollo de concepto y modelo de universidad), la investigación científica o el estado moderno (basado en el derecho romano), por ejemplo.

Como hoja de servicios a mí personalmente me alcanza. Pero hay que tener en cuenta las visiones disidentes respecto a este «eurocentrismo». Porque existen, cada vez son más visibles y, sobre todo, apalancan su crítica sobre los modelos de dominación política ejercidos por Europa Occidental en el mundo desde el siglo XVI. Y sí. Nos topamos con el colonialismo.

Cada vez que escucho a un líder de América Latina reclamar el perdón de España por el período imperial me asaltan sentimientos controvertidos. El primero, y más serio, es de indignación. Estos líderes toman la palabra en nombre de pueblos indígenas que aún hoy siguen subyugados por políticas de discriminación racial. Después, el honor patrio, en forma de agravio comparativo: parece que España es el único país europeo que debe disculpas a sus antiguas colonias. Y ya, al fin, cuando ha pasado lo peor de este tobogán emocional inscrito en el sentir colectivo, recuerdo que yo soy negro.

Extraigo la frase de la película *The Commitments* (1991) de Alan Parker. Dice así: «Los irlandeses somos los negros de Europa, los dublínenses somos los negros de Irlanda, los de los barrios del norte somos los negros de Dublín. Así que repetid conmigo: soy negro y estoy orgulloso de serlo».

Mucha emoción. Intento desestructurarla. El ser humano ha escrito su historia en base a una secuencia de búsqueda permanente de poder. Cuando abrimos el foco de la historia, descubrimos que hay una miríada de imperios desarrollados al margen del relato occidental. Sorpresa. Todos fueron imperio porque sometieron a alguien. Apuesto a que no estuvo bien en ningún

caso, pero me parece que no se trata de un comportamiento aislado.

Desde esa perspectiva amplia del imperio, la retahíla de disculpas no tiene fin. De todas formas, lo peor no es el análisis del pasado sino del modelo que se proyecta hacia el futuro. En el actual escenario de evolución cultural no asistimos a un ejercicio de suma de valores ni de conocimientos. La evolución cultural se convierte en guerra cultural porque el nuevo paradigma debe partir de una asunción de culpa. Soy hombre, blanco, occidental, heterosexual y cisgénero.

Sí, he dado un pequeño salto, de la cronología histórica ordenada como sólo un alemán puede hacerlo, a las críticas de los no alineados, a la confrontación con la cultura *woke*. Y es que todo forma parte de la misma sensibilidad primitiva y primigenia de acceder al poder, al que sea, desde la destrucción o la asimilación del contrario, del antagonista, del enemigo, de todo aquel que representa una amenaza para el *statu quo*.

1.2. Perspectiva blanca y occidental

Aterrizo mi experiencia vital. Yo soy de Chapela. Un pueblo marinero reconvertido en barrio dormitorio de Vigo. Crecí en la creencia de que mi familia era clase media, pero en realidad era de clase baja. Baja, precaria y dolorosa. Soy hijo de la violencia de género, del acoso escolar y de una sensibilidad impropia para un niño que siempre fue grande para su edad. Con todo en contra, a los trece años sabía que quería ser periodista. A esa edad publiqué un artículo en el periódico escolar en el que reflexionaba sobre la invasión rusa de Afganistán o la guerra de las Malvinas. Mi profesor de gallego (Antón se llamaba) lo plagió y lo publicó con su nombre en una revista de barrio. Ahí intuí que las cosas nunca iban a ser fáciles. Y no lo fueron, pero saqué la carrera adelante (el primero de la familia con estudios superiores), trabajé como periodista en diversos medios y años después, desencantado de la empresa periodística, empecé mi actividad en el mundo de las relaciones públicas y la publicidad. Fue una especie de epifanía,

pasar de trabajar para el inglés a la excitante experiencia de ser trabajador por cuenta propia (qué gran eufemismo). Hoy soy el director general de una las principales firmas de comunicación de España. Una empresa que fundé en 2003 con mi compañera de vida y profesión —a la que dedico este libro— y que también es la madre de mis hijas.

En este perfil subyace un dato que definió parte de mi acoso escolar. Mi abuelo era comunista manifiesto, de los que perdió la guerra y estuvo en la cárcel y nunca abandonó sus ideales. Años más tarde tomé conciencia de por qué me pegaban los chavales mayores y de la militancia de mi abuelo. Yo no soy comunista, me he beneficiado del ascensor social del estado de bienestar y el corte de mi conciencia y mi creencia es que el mundo no se define por piel ni género ni país (y todo suma, lo sé). El mundo se define por la lucha constante entre los que tienen y los que quieren. Ahora bien, entre estos dos grandes bloques hay importantes matices internos. Quiero decir, entre los que tienen están aquellos cuyo único objetivo es tener más sin ninguna otra consideración ni desvío, pero también están aquellos que tienen y que, aun queriendo más, no pierden de vista la necesidad de buscar la manera de equilibrar los pesos sociales. Después, entre los que quieren están aquellos que luchan por tener y que pueden conseguirlo o no. Los que no lo consiguen, lo siguen intentando hasta que lo consiguen o, por el contrario, se dan por vencidos. Los vencidos se convierten en estoicos o se suman a aquellos otros que quieren tener y consideran que lo conseguirán por el simple anhelo de querer y que convierten su deseo en un ejercicio de ensoñación y, por tanto, de frustración constante.

En términos de ideología hemos sintetizado estas pulsiones antropológicas entre la derecha liberal que tiende a una permanente dieta de «papá Estado» y la capacidad de superación individual como mecanismo de desarrollo, y la izquierda que tiende a regular todo lo regulable y reforzar lo público sobre lo privado para buscar la manera de equilibrar la desequilibrada naturaleza humana.

Pensar en uno o en otro marco ideológico conlleva un sesgo. Por eso considero que es mejor que nos pongamos cara al co-

mienzo del relato. Analizo los procesos comunicativos desde hace años. De hecho, mi actividad investigadora ha ido relegando mi papel como consultor. Intento ser lo más exacto y riguroso posible en la investigación, pero todo análisis conlleva un contexto. Si quiero que esta interpretación sobre la sociedad de la posverdad tenga verdad, debo empezar por enseñar mis credenciales, las profesionales y las vitales. Tanto en lo social como en lo económico, me siento identificado con la socialdemocracia. En lo político, cada cuatro años intento dilucidar qué hacer con mi voto. No soy un revolucionario, pero mis convicciones están muy trabajadas. En lo religioso, católico disidente asentado en el ateísmo. Me encanta disfrutar la Navidad —pese a todas las críticas de mi socia Bárbara Navarro Martes— no como fiesta religiosa, sino como punto de encuentro familiar definido por el cariño y el buen rollo y, sobre todo, como compensación de todas las Navidades que me robaron cuando era niño y cuando era joven.

Limitar la definición de mi yo a una orientación ideológica, a una confesión o a lo de ser hombre, blanco, occidental, heterosexual y cisgénero me deja frío. Cierto que soy todo eso, pero también creo —como opciones vitales que he luchado— que soy marido, padre, emprendedor, marinero varado en tierra, emigrante interior y de sentir poeta.

No me define ni la exclusión ideológica, ni la confesional, ni la descripción *woke* ni la búsqueda de la felicidad con la que durante años nos ha estado dando la turra el *coaching*. Creo que la felicidad como eje de la existencia no sólo está sobrevalorada, sino que además tiene un efecto secundario muy malo y es que nos infantiliza. Creo que la felicidad de verdad solamente se puede sentir sabiendo lo que es la tristeza de verdad. En mi caso, el drama fue la pérdida de mi hija Alba. Tragedias así te esculpen. También te escupen. Te escupen a la cara para recordarte que nada iba a ser fácil. Intento disfrutar del momento. Dar gracias por lo que tengo y por lo que no he perdido, sabiendo que todo es pérdida hasta la pérdida final que es el morir como diría Manrique.

En esta existencia donde impera la relativización permanente de las cosas —aunque llega a ser estoica— entiendo que la guerra cultural es un invento que procura caricaturizar al rival y que

oculta la legítima y secular lucha entre tradición e innovación social.

En mi posición personal estoy vacunado. Lo dicho, soy negro. La cuestión es que la guerra cultural, además de exacerbar los sentimientos, ha roto los puentes de entendimiento o diálogo. En mi vida siempre he tenido amigos con visiones políticas discrepantes con los que me ha gustado debatir, discutir, intercambiar ideas y, sobre todo, reírnos mucho de nosotros mismos y de la pureza de nuestras posiciones. Esto ha sido barrido del mapa. Cada vez tengo menos de estas interlocuciones. La palabra ha dado paso al silencio. La incomodidad del pensamiento crítico se ha plegado a la comodidad del grupo cerrado, alimentando odios contra los otros, repitiendo letanías, sustituyendo la razón por la creencia. Cómodo, pero aburrido de necesidad.

La atmósfera de retroalimentación propiciada por las redes sociales ha sido fundamental en la creación de estos ecosistemas sociales cerrados. Cuando los amigos eran analógicos se contaban con los dedos de las manos. Luchabas, hasta desde la mayor de las discrepancias, por mantener la relación. En la era de la amistad digital sucede todo lo contrario, menudean las afinidades propuestas por el algoritmo y desde ese superávit de amistades a la carta alimentamos la cultura de la cancelación.

Una sociedad basada en el bloqueo del diferente es una sociedad totalitaria. A un lado y a otro de la cancelación, se instala la creencia de que sólo hay un modo correcto de entender la vida: el mío. Al sacrificar toda visión disidente nos regodeamos en una escala de valores monocorde y de ahí, reptando en la autosatisfacción de ser como somos, accedemos a la superioridad moral. Cuando estás tan arriba en el proceso tonto de creerte mejor que los demás, todo lo que te cuestiona molesta y, por lo tanto, es negado.

Hemos instalado el sistema de bloqueo en nuestra cabeza. Está a un solo clic. Pero anida en nuestro ser interno y profundo. Tan cerca de la conciencia que la pisa, que la arrincona lenta, pero inexorablemente. No está bien. Lo sabemos y aun así participamos activamente en esa insidiosa metástasis que amenaza el sentido común y la razón. Es el principio del fin de la evidencia científica.